

TRICITAXI FAMILIAR

Jorgito se casó con Liz el seis de agosto en Holbox. Todo una acontecimiento porque la mayor parte de mi familia iba allá por primera vez. Nos tuvieron que alojar en casas familiares; pero todo iba viento en popa, pues la casa en que nos alojamos era grande y yo, para contrarrestar el ataque de los moscos, por ser de patio ajeno, me mordían, al igual que mis parientes, por venir de otro lado. Eso lo solucioné como hacía en ese tipo de percances. Si la persona sabía dormir en hamaca y no lo atacaban los moscos, se quedaba afuera de nuestro plan. Los otros nos metíamos en una tienda de campaña que siempre cargo y en esa ocasión, para no variar, llevé para que nos sirviera de morada en la dormida. Dormíamos en el suelo, pero libres de piquetes.

El pastel de la boda lo llevé hasta Chiquilá en la canastilla de mi Datsun, sin saber que yo lo llevaba dividido en tres paquetes. Fue toda una odisea pasarlo porque no sabía yo qué decir al declarar. Los de aduana checaron y se soltaron la risotada, al ver mi cara de asombro. ¡Todos lo sabían, menos yo! Transportaba el pan para hacer el pastel.

El día anterior de la comunión, nos pusieron a Chanita, Lencho, Atalita y yo a preparar un ceviche y lo hicimos tan picoso que ajustó para todos, porque nadie se desmandaba.

Por fin, llegó el día de la boda. Todo el pueblo estaba preparándose para el evento, porque la princesa, hija de don Puch se casaría en la noche.

Carmelo, hermano de Liz, fue a Chiquilá a buscar en su lancha al párroco que iba a officiar la ceremonia. Don Nef, mi mamá, tía Dina, (mamá Segunda de Chanita), mi suegra, mamá Chepita, Gary, Dina, Lencho y mi hija Atalita, conformábamos el frente, la primera fila en la pequeña iglesia ubicada en el centro del pueblo donde era la sede de tan esperada boda.

La ceremonia dio comienzo, y llegó el momento de la verdad. Nadie se opuso y declararon marido y mujer a la bella pareja.

Terminando la ceremonia todo mundo se fue a acicalarse para la fiesta. Descubrí, para mi desasosiego que el local en donde se celebraría la pachanga, estaba ubicado al otro lado de la isla.

En lo mejor del jolgorio, las damas preguntaron si Liz no estaba embarazada, ella dijo que no e inmediatamente las muchachas la auparon y comenzaron a elevarla bien alto, girando sobre su cuerpo como taquito. Lo bueno era que el traje blanco era ajustado. Gracias a Dios la muchacha volaba, descendía y era elevada

cada vez más alto. La cola se le enredaba y no pasaba a más. Mientras yo estaba orando a Dios para que en una de las bajadas no se les fuera a caer; pero no pasó nada malo, salvo mis sobresaltos, que no veía en el novio o al menos no se le notaba,

Lo más difícil de la fiesta fue cuando descubrí que ni don Nef, ni tía Dina estaban. Pregunté y me dijeron al unísono, que estaban en la casa porque como los dos no podían caminar más que distancias cortas y de la casa a la fiesta había fácilmente mil quinientos metros.

Hablé con Lencho, mi yerno y me dijo sabiamente:

---Tenemos que agarrar al toro por los cuernos. Ha de haber alguna forma o vehículo para traerlos.

---Vamos pues---dije no muy convencido.

Nos encaminamos en la oscuridad y a medio camino salió de la penumbra una figura conocida. Se trataba de Puchito, mi consuegro.

Lo pusimos al tanto y nos dio la solución:

---Enfrente de mi casa hay un triciclo. Es de mi hermano. Pueden tomarlo, y si alguien les preguntara algo, díganle que don Puch nos lo dio, y listo. Atrás de la puerta hay un tabla que voy a usar luego. De momento les puede servir de asiento para llevar a los viejos. Aquí los espero por si les hace falta algo.

---¿Va a ir la boda o se va a quedar en casa?

---¡Ta' regular!---exclamó--. Sólo vine a cambiarme.

---Pero el triciclo tiene una llanta ponchada ---dijo Lencho.

---¡Ta' regular!---volvió a exclamar---. Vayan así. No es hora de buscar una llantera, que aquí en Holbox no hay, menos a estas horas.

Le dimos las gracias y nos fuimos a la casa, con el triciclo con la llanta ponchada. La tabla encajaba perfectamente y servía como asiento, en caso de necesidad.

Fue una odisea lograr que don Nef y la tía se subieran al triciclo, aduciendo mil cosas. Al fin aceptaron y a las quinientas librando unos charcos y otros no, que la lluvia creó, llegamos a la fiesta tras empujarlos entre los dos.